

La Navidad y la exclusión

Por EDUARDO LLORENS NÚÑEZ S.J

Nuestra cultura de un origen cristiano ha afianzado durante siglos elementos que conforman nuestro imaginario navideño: la Misa del Gallo, la Cena de Navidad, los turroneos y dulces navideños, el arbolito, el nacimiento, las luces y adornos. Todos ellos ayudan a vivir el espíritu navideño, lo cual no es malo, pero a veces nos hace olvidar el mensaje esencial de la Navidad.

El nacimiento de Jesús en Belén tiene un significado que muchas veces eludimos, o bien por desconocimiento o por no marcarnos como disidentes. Dios nos está diciendo con este acontecimiento, y varios elementos que aparecen en el mismo, que la exclusión no tiene cabida en su propuesta de salvación, que el mundo tiene que funcionar de otra forma y con otros criterios diferentes a los excluyentes. Lo anterior se aplica de manera particular en la Cuba del 2020 con todas las precariedades que tenemos y que no vamos a narrar porque no es el momento, pero sí tener en cuenta, pues están llevando a la gran mayoría de nuestra población a una situación de exclusión.

Detengámonos a contemplar estos elementos que nos indican la oposición de Jesús a la exclusión con su nacimiento.

“No había lugar para ella” (Lucas 2, 7). Significa mucho más que la falta de espacio físico. Una mujer que da a luz es impura y nadie podía asistir al parto, todos por la sangre quedarían impuros (según la tradición, ley de la pureza e impureza) capítulo 12 del *Levítico*.

El relato del nacimiento en el evangelista Lucas (Lc 2, 1-14) nos envía un mensaje claro: Jesús y María no encontraron ningún tipo de alojamiento en Belén, naciendo el Hijo de Dios como un excluido. La tradición sitúa el nacimiento en una cueva, lo que acentúa la exclusión y pobreza que vive Jesús desde su venida al mundo.

Toda la vida de Jesús desde su nacimiento hasta su muerte es una denuncia a la exclusión, de ahí el sentido profético de su entrega, denunciando lo que excluía a muchos en aquella sociedad judía; los ritos religiosos que alejaban a las criaturas del Creador. El nacer en un sitio en las periferias, acompañado de su familia y algunos animales, y también de las últimas personas en el rango social de Israel: los pastores.

Jesús entra a la historia de la humanidad vinculado a la exclusión. La señal dada por los ángeles sitúa a Jesús entre los animales. La salvación llega en la medida en que nos acerquemos y seamos sensibles con los excluidos. Un acto de amor como el nacimiento del Hijo de Dios, es una denuncia a la exclusión de aquellos que no tienen acceso al Amor de Dios.

En tiempos de Jesús había gente excluida de poder relacionarse con Dios, o bien por sus orígenes, por su raza, por su situación económica e incluso por su pecado. En la actualidad en Cuba existen muchos excluidos de disfrutar de los bienes que Dios nos ha regalado para nuestro disfrute. Y no es que reclamemos de manera gratuita nuestros alimentos para subsistir, es que casi todos los bienes esenciales que necesitamos tienen que ser comprados en la llamada MLC, la cual algunos privilegiados reciben como limosnas de familiares en el exterior.

En su tiempo la Sagrada Familia, con el nacimiento de su hijo en las circunstancias de exclusión señaladas con anterioridad, hizo un gesto de denuncia de ritos excluyentes que colocaban en la marginalidad a una parte de la población judía. Deberíamos preguntarnos: ¿Y nosotros qué gesto de denuncia a la exclusión podemos realizar? En una situación menos dramática que la actual la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba denunció la exclusión: *“Nosotros, pastores de la Iglesia, no somos políticos, sabemos bien que esto nos limita, pero también nos da la posibilidad de hablar a partir del tesoro que el Señor nos ha confiado: la Palabra de Dios explicitada por el Magisterio y la experiencia milenaria de la Iglesia. Nos permite también hablar sobre lo único que nos corresponde: el aporte de la Iglesia al bien de todos en el plano espiritual y humano. Y hablar en el lenguaje que nos es propio: el del amor cristiano. La Iglesia no puede tener un programa político, porque su esfera es otra, pero la Iglesia puede y debe dar su juicio moral sobre todo aquello que sea humano o inhumano...”*¹

El pueblo cubano necesita en estos momentos una teofanía al estilo de los pastores en Belén, que les haga tener esperanza en Dios. Son muchos años viviendo de promesas incumplidas, de planes y programas que no han resultado beneficiosos, todo lo contrario, han deteriorado cada día más los indica-

dores de una vida digna. “Que el pueblo tenga acceso real a los alimentos. Nos quejamos de las colas y esa queja a muchos les molesta, pero también me pregunto, ¿si a todos les llegara, si el abastecimiento fuera real, nuestro pueblo tendría que hacer colas interminables?, ¿o las hacen porque les gusta? CLARO QUE NO, las hacen porque tienen que alimentar a sus abuelos, hijos, nietos... me duele escuchar cuando dicen: “hay mucha gente en la calle y esto es cuestión de responsabilidad”, sí, pero, ¿de quién? de todos, sobre todo de aquellos que son los que tienen en

sus manos el compromiso y la obligación de custodiar, procurar lo necesario y defender a su pueblo.”²

Pidamos a Jesús que nace en Belén, que nos ilumine en estos momentos en que se nos excluye de lo esencial, que nos muestre el camino de la dignidad que todos merecemos como pueblo.

Notas:

1- *El amor todo lo espera*, Mensaje de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, 8 de septiembre de 1993.

2- “Carta de la Junta Directiva de la CONCUR”, 7 de noviembre de 2020.

**Los hijos son como los
barcos:**

**Deben salir y vivir sus
propias tempestades.
Pero no olvides que los
padres somos como
puertos, a donde podrían
llegar siempre para
recargar energía y seguir
adelante..!**

